

Del análisis ideológico a la crítica de la ideología: propuesta para una metodología de análisis de la televisión

Juan STARICCO
Leipzig Universität – Wien Universität

RESUMEN: En este artículo, en primer lugar, critico el modo en que un paradigma de estudios de comunicación latinoamericanos ha intentado estudiar la televisión. Según mi hipótesis, su planteo es insuficiente ya que no va más allá de un mero análisis ideológico. En lugar de ello, a partir de los aportes de Althusser y Pêcheux, presento una propuesta metodológica diferente a partir de la cual se pueda estudiar la televisión realizando una crítica de la ideología.

PALABRAS CLAVE: Ideología – Televisión – Althusser – Pêcheux – Estudios culturales – Comunicación.

SUMMARY: In this article, in the first place, I criticize the way in which a Latin-American paradigm of communication studies has tried to study television. According to my hypothesis, its proposal is not enough, as it cannot go beyond a mere ideological analysis. On the other hand, working with Althusser and Pêcheux, I present a different methodological proposal which would enable us to study television by making a critic of ideology.

KEY WORDS: Ideology – Television – Althusser – Pêcheux – Cultural studies – Communication.

Por qué reflexionar sobre el método

Poner a la televisión en el centro de la escena y argüir la importancia de su análisis para la mejor comprensión de nuestras sociedades contemporáneas hoy en día no parece ser un planteo demasiado novedoso u original. Nadie duda del lugar preponderante que la televisión se ha ido ganando en el sistema social, las variadas relaciones que con ella se establecen, o el dinamismo y versatilidad con que se autopublicita. Ante un fenómeno tan masivo y tan cotidiano, quizás sean pocos quienes acepten la idea de que su análisis, o al menos la reflexión en torno a la televisión, sea algo innecesario o superfluo.

Como ejemplo de este casi generalizado acuerdo podríamos citar algunos aportes que a este debate realizan destacados pensadores. Giovanni Sartori, por ejemplo, en su obra “Homo videns”, se atreve a afirmar que la televisión no solo transforma las relaciones sociales, sino que está cambiando al hombre mismo tal y como lo entendemos:

La televisión está produciendo una permutación, una metamorfosis, que revierte la naturaleza misma del *homo sapiens*. La televisión no es solo instrumento de comunicación; es también, a la vez, *paideta*, un instrumento “antropogénico”, un *medium* que genera un nuevo *ánthropos*, un nuevo tipo de ser humano. (1998:36)

Ya en nuestro continente, podemos hacernos eco de la reflexión de la intelectual argentina Beatriz Sarlo, quien intenta dimensionar el impacto que la televisión ha tenido sobre la construcción del espacio público:

La videoesfera es un espacio hegemónico y expansivo. Se ha reorganizado la dimensión simbólica del mundo social con una radicalidad y una extensión solo comparables con los cambios provocados por la difusión masiva de los impresos que, como es bien sabido, fueron un dato decisivo en la construcción de la esfera pública moderna. Vivimos el capítulo más espectacular de un proceso de extensión y democratización, aunque sus rasgos no pueden ser invariablemente considerados como democráticos. (1995:70)

Presentado de esta manera, pareciera que el estudio crítico está en marcha, que habiendo tantos interesados en diseccionar este fenómeno desde una perspectiva analítica nos encontramos ante una pluralidad de miradas y posturas

que compiten y disputan por realizar una mejor crítica. Ante esta suposición, creo que se vuelve pertinente la pregunta: ¿qué nos asegura este interés general en torno a la televisión? La respuesta dependerá de cuál sea nuestro interés en torno al impacto social del conocimiento.

Si bien es cierto, como dijimos, que la televisión con el tiempo se ha ido volviendo un objeto de análisis cada vez más importante, esto nada dice sobre el tipo de análisis al que se la ha sometido. Los supuestos con los que se aborde el fenómeno, como así también la perspectiva teórica con la que el pensador se identifique, pueden llevar a conclusiones de lo más variadas. Queda así en evidencia que un mismo objeto de estudio se vuelve plausible de decirnos o demostrarnos diferentes cualidades o fachadas de acuerdo con la visión desde la cual se lo esté estudiando. De este modo queda clara la importancia del “método” o para decirlo de un modo un poco menos pretencioso, la importancia de la mirada teórica con que pensemos la realidad.

De estas últimas ideas se deriva lo que un párrafo antes se planteaba con respecto al “impacto” del conocimiento. Distintos modos de interpretación de los fenómenos sociales arrojan diferentes conclusiones que van a favorecer ciertos intereses sociales en detrimento de otros, que van a tornar visibles ciertos problemas ocultando los demás o de cuya lectura podría derivarse tanto una legitimación de lo existente como su crítica radical.

Es por esto que me parece fundamental la posibilidad de poder generar una reflexión en torno a la metodología con la cual se analiza al fenómeno televisivo. En este ensayo voy a sostener que el alejamiento del paradigma de la crítica ideológica ha desembocado en una lectura relativista de lo social, cuya principal consecuencia es la legitimación de su objeto de estudio y la imposibilidad de realizar una crítica de lo existente. Al mismo tiempo, propondré una perspectiva a partir de la cual se podría abordar a la televisión: retomando y revaluando la idea de crítica, de la televisión como transmisor de ideología y prácticas ideológicas, y sobre todas las cosas, la interrelación entre su estatus como medio de comunicación y su rol social.

Esto último resulta fundamental, ya que la televisión es mucho más que un género, va mucho más allá del mero contenido que comunica, ya que tiene una dimensión fundamental en la ordenación de la realidad y en la estructuración de las relaciones sociales. La TV, al ser un fenómeno social, trasciende su mero contenido y se inserta en una trama de relaciones donde interactúa con los más diversos ámbitos de la vida social y genera su impacto particular.

¿Que cuál es este impacto? Bien, quizás como incentivo al desarrollo de la mentalidad crítica podríamos decir que allí se encuentra el resultado de lo que los intelectuales puedan hacer con este problema. Si se continúa con una perspectiva ingenua del fenómeno televisivo, acrítica y relativista, este impacto

continuará siendo el mismo que en la actualidad, un “cómplice” de lo existente. Pero si logramos poner en evidencia sus mecanismos, sus resultados y verdadera influencia y, por sobre todas las cosas, se logra que esta producción tenga repercusión en el modo de organizar lo social, bueno, quizás ahí podamos comenzar a pensar en un impacto transformador o al menos no funcional de la televisión.

Del análisis ideológico...

En primer lugar me interesa realizar una breve crítica a los acrílicos caminos que ha tomado el análisis de la televisión, esto es, particularmente, a los enfoques que pueden inscribirse dentro de los llamados estudios culturales latinoamericanos. Desde esta perspectiva el centro de atención en la relación comunicativa se desplaza del emisor al receptor, y se centra en cómo este último experimenta su relación con la televisión.

En este paradigma, al margen de la faceta particular de esta relación que se vaya a estudiar, pueden encontrarse varias características comunes. Por un lado, la pretensión de acceder a la significación que el receptor le otorga a la televisión, es decir, el énfasis se pone en cómo éste la interpreta, qué significados le otorga, qué rol juega en su vida. Es común que este tipo análisis se centre en la pequeña unidad de una persona al frente de su aparato de TV, y haga de esta situación el objeto de la interpretación. Este tipo de métodos, de “exotización” de lo cotidiano, no puede trascender la mera mirada del usuario televisivo, no va más allá de la lectura que éste pueda realizar y, por lo tanto, se pierde de ver al fenómeno en sus dimensiones más importantes.

¿Dónde está el problema de esta perspectiva? En mi opinión, la principal dificultad se encuentra en que el investigador, al centrarse en una parte tan pequeña de lo que podríamos llamar el “sistema social” que se erige en torno a la TV, no tiene la capacidad de una perspectiva más general y macro del fenómeno. Se queda atrapado en una situación menor, de importancia relativa si se piensa en el todo, que le impide concentrarse en la dimensión estructural del fenómeno que analiza.

Esta postura, con especial énfasis en la interpretación de los significados que el televidente produce, tiene un riesgo muy importante: el de analizar a la televisión desde su propia lógica. Si para realizar esta crítica nos basamos meramente en lo que los usuarios piensan de ella, estaremos trabajando con categorías propias de nuestro fenómeno, estaríamos intentando refutar al sistema desde adentro. Si lo que se quiere es realizar una verdadera crítica de este fenómeno, se vuelve indispensable poder elevarse por sobre la mera fenomenología de la “experiencia televisiva” para poder mirar a una estructura total,

y es solo con elementos aportados desde fuera de esta estructura que tal crítica es posible. De lo contrario, si nos quedamos con los elementos propios del sistema, no estaremos haciendo más que justificar y legitimar el orden existente. No encontraremos dentro del orden establecido elementos que contribuyan a su crítica radical.

Sarlo expone un argumento que manifiesta la postura que hasta el momento venimos criticando: “La nota de Ure¹ comienza con un argumento en estado de descomposición debido a su antigüedad: quienes critican a la televisión son epistemológicamente arcaicos porque aspiran a analizarla desde afuera de *su razón*” (1992:243). Al parecer la epistemología ¿contemporánea? que plantea Ure viene a decir que para entender la televisión hay que hacerlo desde su razón o, para intentar ser más fiel al razonamiento que parece proponer, quiere explicar que aquellos que critican la televisión lo hacen porque la han analizado desde fuera de su razón; al parecer entonces, si la hubiesen estudiado a la luz de su propio *logos* estas críticas resultarían risueñas.

¿Qué deberíamos concluir de este argumento, entonces? En mi opinión, es un ejemplo claro de la línea de estudios que se quiere criticar en este artículo. Ure plantea comprender la razón de la televisión desde su propia razón, es decir, realizar un movimiento interno dentro del fenómeno estudiado para poder así entenderlo. La posibilidad de la crítica extra-sistémica queda excluida, en tanto se estaría recurriendo a una “epistemología arcaica”. Lo nuevo, lo novedoso, lo contemporáneo, es ver a la televisión desde adentro, desde su lógica; lo otro, es cosa vieja.

Sarlo critica a Landi desde esta misma perspectiva cuando aduce que este se interesa en la TV como una situación de hecho: “creo que, para Landi, situación de hecho quiere decir algo más: una situación frente a la cual no se ejerce la crítica, una situación que se acepta porque allí está, ha modificado el mundo, reorganizado la cultura y se impone con la contundencia de lo consumado” (1992:244). La posición que se asume es clara: la cosificación del fenómeno, el pretender estudiarlo como hecho, como cosa, produce un recorte arbitrario de la realidad. La idea de que la TV interesa en tanto situación de hecho la objetiviza, la convierte en una cosa palpable, limitada, con fronteras claras y, por lo tanto, la extirpa del sistema mayor en el que trabaja. Nuevamente, al quitarla de su estructura, la visión de la totalidad se vuelve inaccesible y, por lo tanto, la crítica fracasa. Aunque, de acuerdo con lo que venimos observando, no hay fracaso de la crítica para estos autores, ya que ni

1 Alberto Ure realiza una favorable crítica del libro de Oscar Landi, *Devóname otra vez*, en el diario Clarín, el jueves 30 de julio de 1992. En esa obra, Landi critica a la mirada “cientificista” sobre la televisión, y que describiré a continuación.

siquiera hay intento de crítica. Y es esto mismo lo que concluye Sarlo para darle el golpe final a Landi:

Si esto es así, el intelectual queda eximido de algunas exigencias. En principio, de la exigencia intelectual de demostración que rompa la tautología de la circularidad. Porque cuando Landi dice que le interesa la televisión como una “situación de hecho, como una parte decisiva de la historia de la mirada y la percepción”, está advirtiéndonos lealmente que no esperemos un momento crítico respecto de su objeto (1992:249).

A partir de una visión como esta es que quizás pueda entenderse la existencia de pensadores que se planteen el análisis a partir de ideas como “la televisión, un amigo de la infancia” (Abraham, 1998:15), lo que vuelve difícil no sonrojarse de solo pensar en el contenido que el análisis realizará.

La propuesta de análisis televisivo que se vislumbra hasta aquí parece reducirse a lo que sería, en el mejor de los casos, un análisis de contenidos. Si pensamos como Landi en que la televisión debe ser examinada desde su propia lógica, su estudio debería limitarse en comprender qué es lo que allí se dice y no mucho más. Lo que hace este planteo, que es lo que motiva el ulterior desarrollo de este ensayo, es negar por omisión el carácter ideológico de la televisión o, podríamos decir, se queda dentro del ámbito ideológico. Realiza su análisis *desde* la ideología.

Para echar más luz a esta idea propongo servirnos del planteo que Nicholas Abercrombie realiza del pensamiento de Marx en su libro *Clase, estructura y conocimiento*:

La distinción entre ideología y realidad, o entre niveles de realidad, se presenta en *El Capital* de Marx como una distinción entre apariencia y realidad, o entre formas fenoménicas y relaciones reales. Además, estas distinciones surgían casi siempre cuando Marx analizaba la relación entre la esfera de producción y la esfera de circulación (1982:128).

Abercrombie propone ver la sociedad como una entidad dual, donde en un nivel reina la apariencia, la ideología, pero más allá de ello se encuentra el nivel de la realidad, el nivel que torna evidente la reificación del primero. Y esto es claramente graficado con el análisis que se realiza de Marx. La esfera de la producción es donde se crea el valor y es, por lo tanto, el ámbito del trabajo y del proceso en el cual el capitalista se apropia de la plusvalía que genera el obrero. La esfera de la circulación, a su vez, es la esfera del intercambio, donde impera la lógica del mercado y las personas se manejan como actores de la economía, regidos por las leyes de oferta y demanda.

Entre ambas se da una relación de subordinación, ya que para Marx la creación de valor es el proceso fundamental sobre el que se erige el sistema capitalista, y éste se realiza en la esfera de la producción; la esfera de la circulación, en cambio, representa “una serie de relaciones económicas —la compra-venta de

fuerza de trabajo y otras mercancías, la acumulación de capital— que son *apariencias* o *formas fenoménicas* porque se sostienen en un conjunto de *relaciones reales* en las que se crea realmente el valor” (Abercrombie, 1982:129). Pero el problema radica en que las personas viven su vida económica en esta segunda esfera, ya que en su existencia cotidiana son las relaciones de mercado las que determinan sus sueldos, el nivel del precio de los bienes, etc. La experiencia, la práctica concreta de los sujetos, transcurre en ese ámbito y por lo tanto es para ellos la realidad. Así, el rol clave de la producción de valor queda “escondido” detrás de las experiencias de mercado que se presentan como naturales, y se invisibiliza de este modo al elemento central del sistema capitalista.

Así, este ejemplo extraído de Marx puede servirnos como una metáfora para el objeto de estudio que nos incumbe. Quedarnos en el ámbito de lo aparente en el estudio de la televisión, en el análisis de los géneros y los contenidos, implica encerrarnos en la esfera de lo ilusorio, de la ideología, donde las nociones de sentido común que allí se utilizan, si bien se viven como reales y hasta naturales, en realidad ocultan la realidad que se erige por detrás. La televisión debe ser abordada no desde su lógica, sino contra su lógica; no como una mera comunicación, sino como una institución que es parte de una estructura mayor, como un campo que se entrelaza con una pluralidad de campos, que tiene prácticas, ritos, lógicas y creencias que no son resultado de una mente creativa que vive dentro de la pantalla, sino que integran un todo social donde se inscriben y son producidas. El “sistema” de la televisión no es un compartimiento estanco, aislado, sino un reflejo de la pluralidad de intereses que confrontan en la realidad: es, incluso, un ámbito más donde la inequidad y la conflictividad social se expresan y la lucha de clases toma lugar.

Si lo que pretendemos, como se planteaba en un principio, es obtener un conocimiento que pueda realizar algún aporte a la recons(/des)trucción de este orden social, es necesario, en primer lugar, abandonar los supuestos relativistas que suponen la indiferenciación entre lo que es un conocimiento científico y un discurso social más. Partiendo de la concepción del mundo como un espacio dual, donde hay apariencia pero detrás hay realidad, se vuelve necesario pensar al conocimiento científico como plausible, como una empresa con un objetivo claro: acceder al ámbito de lo real sobre el que se erige el velo de la ideología. La única manera de que la creación intelectual tenga un accionar por el que valga la pena esforzarse, será a partir del reconocimiento de esta distinción, que nos permitirá realizar la crítica de lo realmente existente y no la legitimación desde lo aparente.

En conclusión, las líneas de análisis de la televisión criticadas “fueron abonando un terreno en el cual predominaba el consumo carente de conflicto y el análisis sin juicios de valor” (Mangone 2007:139-140). Ahora bien, realizada la crítica de esta perspectiva de análisis, me propongo desarrollar la que, en mi

opinión, sería una visión interesante para tener en cuenta si lo que se quiere es, justamente, evitar y superar las marcadas falencias que hemos encontrado.

...a la crítica de la ideología

La idea que voy a proponer, o mejor dicho, exponer, tiene como punto de partida los postulados de Althusser expresados en su célebre *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. El planteo de Althusser parte de la observación realizada por Marx de que “una formación social que no reproduzca las condiciones de producción al mismo tiempo que produce no sobrevivirá ni siquiera un año” (1988:6). Para poder sobrevivir, toda formación social necesita reproducir las condiciones de su producción, por lo tanto, no alcanza con que el todo social se centre en las labores productivas y su desarrollo, sino que es fundamental para poder continuar realizándolas el que se fomente la reproducción de aquellas condiciones que hacen posible que el sistema productivo se mantenga como tal o simplemente exista. Estas condiciones son, de acuerdo con Althusser, dos: las fuerzas productivas y las relaciones de producción (1988:7).

Ahora, si bien estas dos condiciones en primera instancia se identifican con lo meramente económico, la función de reproducción excede este ámbito y se vuelca hacia una dimensión social. Y esto por dos motivos: por un lado, porque la empresa no es el único ámbito donde esta reproducción se asegura, sino que se vuelve una función social (responsabilidad de la totalidad) y, por el otro lado, porque la reproducción de la fuerza de trabajo excede la mera capacidad económica y se expande hacia una reproducción más totalizadora, que pretende abarcar diferentes ámbitos de la vida de la persona:

La reproducción de la fuerza de trabajo no sólo exige una reproducción de su calificación sino, al mismo tiempo, la reproducción de su sumisión a las reglas del orden establecido, es decir una reproducción de su sumisión a la ideología dominante por parte de los agentes de la explotación y la represión, a fin de que aseguren también “por la palabra” el predominio de la clase dominante (1988:10).

Queda claro, entonces, que Althusser postula la necesidad de que la reproducción de lo meramente técnico se vea complementada por la aceptación del orden existente, por la naturalización y legitimación de las relaciones de producción establecidas. Y esto solo puede lograrse a través de la aceptación de la ideología dominante, es decir, aquella imagen del mundo que impone la clase dominante.

Como adelantamos anteriormente, debe dejarse en claro cuál es la naturaleza ontológica de la ideología para Althusser. Para él, hasta el momento, se ha considerado incorrectamente a la ideología desde el idealismo, es decir, como un conjunto de representaciones imaginarias en la mente de las personas don-

de “están reflejadas las condiciones de existencia de los hombres, y por lo tanto su mundo real” (1988:34). Ahora bien, ante este enunciado que Althusser califica, podríamos decir, como una interpretación dominante u ortodoxa del concepto de ideología, él propone dos “correcciones”. Una atañe al contenido de las representaciones y la otra a la existencia óptica de la ideología.

En cuanto a la primera, Althusser afirma que en realidad no es el mundo real, las condiciones objetivas de existencia, lo que las personas se representan en la ideología, sino “la relación que existe entre ellos y las condiciones de existencia” (1988:34). La segunda crítica que realiza atañe al idealismo con el que hasta el momento se había conceptualizado a la ideología. Niega el carácter meramente “espiritual” del término y propone a cambio su materialidad. Para Althusser, la importancia del concepto de ideología para el análisis social radica justamente en esa característica, la que se inscribe en prácticas concretas, materiales, que realizan los individuos en su vida cotidiana: “esas ideas son actos materiales insertos en prácticas materiales, reguladas por rituales materiales definidos, a su vez, por el aparato ideológico material del que proceden las ideas de ese sujeto” (1988:37). Tenemos, entonces, actos, prácticas, rituales y, como veremos a continuación, instituciones, todos ellos de carácter material, a través de los cuales se expresa la ideología y se realiza su reproducción. La representación que los sujetos realizan de su relación con sus condiciones reales de existencia se encuentra inscrita en fenómenos concretos de la vida diaria y revelan, por tanto, el carácter eminentemente práctico y, por ello, material de las ideologías. Así, dotada de materialidad, es posible concebir que la ideología tenga lugares de reproducción, donde se inculquen prácticas, ritos y actos impregnados por una representación particular (y en este caso dominante) del mundo social. Es a partir de este supuesto que Althusser puede indicar la existencia de ámbitos delimitables e identificables donde se da la reproducción.

¿Cuál es el ámbito, entonces, donde esta función se realiza? De acuerdo con Althusser, los encargados de la reproducción de la ideología dominante son los llamados *Aparatos ideológicos de Estado* (AIE): “Designamos con el nombre de Aparatos Ideológicos de Estado cierto número de realidades que se presentan al observador inmediato bajo la forma de instituciones distintas y especializadas” (1988:16). Éstos se diferencian del aparato represivo del Estado por dos características fundamentales: “mientras que el aparato represivo del Estado pertenece enteramente al dominio público, la mayor parte de los Aparatos Ideológicos de Estado (en su aparente dispersión) provienen en cambio del dominio privado” (1988:17) y por el hecho de que “el aparato represivo de Estado funciona mediante la violencia, en tanto que los AIE funcionan mediante la ideología” (1988:18).

En el planteo de Althusser los AIE no son parte del Estado, sino que pertenecen al ámbito de lo privado. Pero esta división, en realidad, es aparente,

ya que basta con leer los supuestos marxistas del Estado que le subyacen para comprender que tanto el Estado (lo público) como los AIE (lo privado) están en manos de una misma clase dominante. Lo que en apariencia son dos ámbitos diferentes, y hasta excluyentes, en la realidad no dejan de ser dos brazos de una misma clase que por los diferentes medios acrecienta y solidifica su poder. Reafirmando esta idea, Althusser explica: “ninguna clase puede tener en sus manos el poder de Estado en forma duradera sin ejercer al mismo tiempo su hegemonía sobre y en los Aparatos Ideológicos de Estado” (1988:20).

Para resumir, el planteo de Althusser parte de la idea marxista de que todo sistema de producción que pretenda perpetuarse necesita reproducir sus condiciones de posibilidad. Estas condiciones no se limitan meramente al modo de producción y las relaciones que le son propias, sino que los excede, supera el ámbito de lo material para incluirse en el ámbito de la ideología. La idea de la coacción de una clase sobre otras por la fuerza como cimiento de la dominación resulta poco convincente; de lo que se trata en realidad es de lograr que los dominados acepten como legítima su dominación, de que crean que su situación es justa y que, de este modo, no se ponga en riesgo el orden sobre el que se asienta el todo social. Esta función la cumplirían los AIE, son estas instituciones las encargadas de la reproducción de la conciencia dominante, es decir, de imponer a las masas una visión reificada de la realidad que ellas aceptarán como legítimas y verdaderas.

Como al lector le resultará ya evidente, lo que propongo aquí es plantear a la televisión como un AIE, cosa que realiza Althusser (bajo la categoría de AIE de información), pero que no desarrolla en demasía. De todos modos, no pretendo quedarme en el planteo de éste y, más adelante, propondré una modesta complejización de la imagen que este pensador esboza.

Creo que el desarrollo de Althusser puede ser una buena lectura para la televisión en las sociedades contemporáneas. Es, a todas luces, una propuesta radicalmente diferente a la realizada por el paradigma antes criticado. Me parece sumamente valioso, en primer lugar, destacar la importancia que se le da en este planteo a la dimensión estructural. Si queremos ver a la televisión como AIE, la estaremos viendo como una parte más dentro de una trama mucho mayor; la televisión se convierte entonces en un elemento que la clase dominante utiliza para la reproducción de su ideología. Para ello debe adquirir características particulares: por un lado, “detrás de escena”, el mercado televisivo, su lógica de funcionamiento, su dinámica, será un reflejo de la lógica social. Al mismo tiempo, la televisión, ahora sí, en sus contenidos, transmite mensajes donde lo que se busca será naturalizar lo que en realidad es una formación histórica y contingente. Se aspira a la imposición de modelos válidos, verdaderos y únicos de vida, y al mismo tiempo se pretende estigmatizar otros.

Althusser nos conduce a pensar desde el lugar repudiado por Ure: la única forma de hacer crítica de la ideología es situarse fuera de la ideología:

Lo que sucede en realidad en la ideología parece por lo tanto que sucede fuera de ella. Por eso aquellos que están en la ideología se creen por definición fuera de ella; uno de los efectos de la ideología es la negación práctica por la ideología del carácter ideológico de la ideología: la ideología no dice nunca "soy ideológica". Es necesario estar fuera de la ideología, es decir en el conocimiento científico, para poder decir: yo estoy en la ideología (caso realmente excepcional) o (caso general): yo estaba en la ideología. (...) Esto quiere decir que la ideología no tiene afuera (para ella), pero al mismo tiempo que no es más que afuera (para la ciencia y la realidad) (1988:42).

Este párrafo sintetiza sucintamente una fuerte crítica al paradigma de estudios planteados con anterioridad. Resulta que la ideología, en esencia, niega su carácter ideológico, y en cambio, se propone como la visión verdadera de la realidad. Así, si permanecemos en un análisis intrasistémico de la televisión, si nos quedamos con su lógica, nuestro estudio queda dentro del marco de lo ideológico, y por lo tanto, no hace más que reproducir ideología como un AIE legitimado bajo el rótulo de ciencia. Los estudios culturales, al centrarse en las experiencias de los individuos, al estudiar el fenómeno desde su punto de vista particular, impiden tener acceso a la exterioridad, a una visión por fuera de la ideología, y por ende imposibilitan su crítica. La afirmación de Ure, entonces, demuestra su esencia claramente ideológica al postular que el problema radica en estudiar la TV desde fuera de su lógica, está justamente negando que haya un "afuera", cuando en realidad no es más que un "afuera" para el estudio científico-crítico. El mensaje es claro en su traducción a los términos propuestos por Abercrombie: es necesario superar el ámbito de la descripción de la esfera de la circulación para adentrarnos en la explicación de la esfera de la producción.

Otra dimensión que a partir de este análisis puede resultar relevante sería el estudio de la televisión, del mercado televisivo, en relación con otras esferas o campos sociales. La relación con la economía, a esta altura, resulta más que obvia, pero no hay que descuidar que, en tanto AIE, la reproducción de conciencia que se persigue excede la relativa a lo meramente económico y apunta a imponer un modo de vida total, que permita disponer de individuos dóciles y funcionales al sistema.

Walger y Ulanovsky así lo plantearon:

La TV no solamente es un negocio, y un lucrativo negocio, sino que además es un poderoso aparato ideológico destinado a no permitir la menor fisura dentro del conjunto de normas y valores que rigen el orden social capitalista. Desde este punto de vista, la TV funciona como un hábil mantenedor del statu quo, que refuerza lo establecido mediante una programación mediocre cuya propuesta vital supone modelos de conducta que se erigen como los únicos aceptables y, por lo tanto, posibles (1974:18).

Si bien los citados autores no parecen estar hablando específicamente en los términos de Althusser (al margen del concepto de aparato ideológico), ya que, según puede leerse en su libro, la conexión de la TV parece estar casi limitada al poder estatal más que a una clase dominante, el pensamiento que presentan es bastante similar. La idea de la televisión como una estructura cuyo impacto social reside en la legitimación del orden establecido, sea cual sea: “en la TV encontramos siempre un elemento constante: la defensa de lo establecido y un elemento variable: el carácter específico del proyecto lanzado en una determinada coyuntura” (1974:19). Esta última cita, como dijimos, se encuentra en consonancia con el planteo de Althusser, en tanto la televisión como AIE siempre es instrumento de la clase dominante para reproducir ideología.

Más atrás en este ensayo planteé mi intención de realizar un complemento a la teoría de Althusser para evitar una mirada simplificadora, y más atrás también, se habló de la posibilidad de la televisión como un espacio social más de conflictividad y lucha. A continuación intentaré plasmar el porqué de esos dos adelantos.

Leyendo a Althusser, creo que puede encontrarse una excesiva simplificación del proceso de reproducción de la ideología y del rol que cumplen los AIE. De acuerdo con él, estos son instrumentos de la clase dominante y sirven para la reproducción de su ideología. Al parecer, entonces, el panorama que se nos presenta es sombrío, por cuanto la dominación económica complementada con la ideológica nos encierra en una especie de cárcel-total sin escapatoria.

Al mismo tiempo, además de fatalista, el planteo es un tanto simplista. En la sociedad las relaciones de poder no son estáticas y eternas, sino que por el contrario, siempre existen el conflicto y el enfrentamiento. Sin lugar a dudas, lejos de la ilusión pluralista, los distintos grupos (o clases) disponen de recursos de poder que son sumamente dispares y disímiles, pero esto no anula el potencial conflictivo y confrontacional de toda sociedad capitalista.

¿Son acaso los AIE la expresión de la victoria final de la clase capitalista? Aquí voy a proponer que no lo son, sino que son un espacio más de la lucha de clases.

Michel Pêcheux propone una dualidad, en vez de hablar de las condiciones ideológicas de la reproducción de las relaciones de producción, instala el término de *reproducción/transformación*. Y lo justifica del siguiente modo:

Al escribir “reproducción/transformación” pretendo designar el carácter nodalmente contradictorio de cualquier modo de producción basado en una división de clases, esto es, cuyo “principio” sea la lucha de clases. Esto significa, en particular, que considero un error ubicar en diferentes lugares, por un lado, lo que contribuye a la reproducción

de las relaciones de producción y, por el otro, lo que contribuye a su transformación: la lucha de clases atraviesa el modo de producción en su conjunto, lo que, en el área de la ideología, significa que la lucha de clases “atraviesa” lo que Althusser ha llamado los AIE (2003:157).

El aporte de Pêcheux es sumamente interesante si se quiere concebir al pensamiento científico como un elemento de compromiso con la transformación de la realidad. Su aporte se entiende fundamentalmente a partir de la propuesta althusseriana de concebir a la ideología no como idea o espíritu, sino como práctica, como materia.

Así, los AIE son un espacio, un lugar, donde no se efectúa simplemente la reproducción ideológica, sino que por el contrario, son un ámbito más donde se ve plasmada la lucha de clases: “los AIE no son la expresión de la dominación de la ideología dominante, es decir, la ideología de la clase dominante (...) sino el lugar y el medio de realización de esta dominación” (2003:158). Son instituciones que, a diferencia de lo que plantea Althusser, no tienen una explicación causal, lineal, sino que esta nueva perspectiva introduce la contingencia: de acuerdo a cuál sea el estado del enfrentamiento entre clases, a cómo se desenvuelva la lucha en este campo, los AIE pueden contribuir a la reproducción o a la transformación de las condiciones de existencia del sistema capitalista.

El rol de la ideología como práctica queda así claramente plasmado. La lucha ideológica no se delimita a la competencia entre ideas, sino que por el contrario, es la competencia por un modo de hacer, un modo de obrar, que busca imponer una visión sobre el mundo como verdadera a partir de la legitimación de un modo de ser. La lucha misma es ideológica, en tanto comprende una serie de actos dominados por una concepción de la realidad.

Pero esta lucha, que hasta el momento aparece como intrasistémica, no es tal, sino que está en constante vinculación con la pluralidad de los AIE y el aparato estatal. Es una confrontación que, lejos de cerrarse en una institución, como bien dice Pêcheux, atraviesa a la totalidad social y busca establecer relaciones de jerarquía no solo *ad intra* sino también entre el conjunto de instituciones:

El aspecto ideológico de la lucha por la transformación de las relaciones de producción reside, entonces, por encima de todo, en la lucha por imponer, dentro del complejo de AIE, nuevas relaciones de desigualdad-subordinación (...) que tengan como resultado una transformación del conjunto del “complejo de AIE” en su relación con el aparato del Estado y una transformación de este mismo aparato (2003:160).

La lucha dentro del AIE es la lucha por la totalidad social. Si concebimos a cada AIE particular como parte de un todo entrelazado, como una conjunción, superposición y vinculación de campos, se torna evidente que la competencia entre clases no atañe a una parte de la estructura, sino a su totalidad.

Vemos nuevamente la importancia de estudiar a la televisión como parte de un todo. Si se comparte esta perspectiva, podemos ver a la televisión como un elemento de la totalidad, que si bien goza de cierta autonomía debido a su actividad específica (sería absurdo pretender disolver la especificidad propia de un campo) es cómplice de una lógica común con el resto de la sociedad. Pero si nos quedamos simplemente en el planteo de Althusser, caemos en que la televisión, en tanto AIE, terminaría siendo sólo la expresión de la dominación de una clase sobre otra. Michel Pêcheux, por el contrario, nos abre una posibilidad: la televisión puede ser también un espacio de la lucha de clases, donde a partir de la búsqueda del establecimiento de nuevas jerarquías se afecte a la totalidad de los AIE y su relación con el Estado.

La televisión, entonces, puede ser vista más que como un mero instrumento de dominación, como una oportunidad. Desde esta perspectiva se presenta como apuesta por la lucha de clases en el marco de los medios de comunicación.

Podemos ver claramente, entonces, que un análisis de contenidos televisivos o etnografías sobre los televidentes, poco podrán decirnos sobre la lógica de la televisión por sí mismos. No es que se vuelva necesario descartar aquello, pero es importante considerarlos como un momento de un proyecto mayor. Este proyecto, en consonancia con lo hasta aquí planteado, debe comenzar por una sociología de los medios, que aborde a la televisión como una parte más del todo social y la relacione con un conjunto mayor de instituciones. Poco nos servirá analizar lo que vemos en pantalla si no lo complementamos con un análisis detallado y pormenorizado de los intereses que hay por detrás, del mercado de los medios de comunicación masivos, de las relaciones entre empresas y Estado, o el de la situación presente de conflictividad social. La televisión no es un elemento autosuficiente que pueda explicarse a sí mismo por sí mismo. La tarea por delante es mucho más compleja y, afortunadamente, mucho más crítica.

El análisis científico, entonces, a través de la crítica de la ideología, puede trascender la mera contemplación de lo realmente existente y ser parte de un proceso de transformación. En el intento de superar lo aparente, lo ideológico, se puede develar cuáles son los mecanismos que hacen posible la dominación, y embarcarse así en un proyecto de transformación.

Este es el abordaje metodológico para el estudio de la televisión que aquí he intentado exponer, uno que reconozca la necesidad de abordarla desde fuera de su lógica, desde fuera de su ideología para criticarla y, al mismo tiempo, hacerla parte de una lucha mayor por la transformación del orden social establecido.

Bibliografía

- ABERCROMBIE, Nicholas
1982 *Clase, estructura y conocimiento*. Barcelona, Ediciones Península.
- ABRAHAM, Tomás
1998 “Diario de un esquizoide argentino”. En *La aldea global*. Buenos Aires, Eudeba.
- ALTHUSSER, Louis
1988 *Ideología y aparatos ideológicos de Estado. Freud y Lacan*. Buenos Aires, Nueva visión.
- MANGONE, Carlos
2007 “Foco y baja definición. La tradición del análisis televisivo”. En *Cuadernos críticos de la comunicación y la cultura*, N° 2. Buenos Aires.
- PECHEUX, Michel
2003 “El mecanismo del reconocimiento ideológico”. En Slavoj Žižek: *Ideología: un mapa de la Cuestión*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- SARLO, Beatriz
1995 “Siete hipótesis sobre la Videpolítica”. En *Cuaderno El caminante* N° 1. Buenos Aires.
1992 “La teoría como chatarra. Tesis de Oscar Landi sobre la televisión”. En *Revista Punto de Vista* N° 44. Buenos Aires.
- SARTORI, Giovanni
1998 *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Madrid, Taurus.
- WALGER, Sylvina y ULANOVSKY, Carlos
1974 *TV Guía negra*. Buenos Aires, De La Flor.